

MANOMA dejó su imperio á los califas : desmembrado el imperio de los califas , despues de haber tremolado el estandarte del profeta por las más apartadas regiones , sale del seno del islamismo el poderoso imperio otomano ; ó de otra manera . el imperio de los osmanlis .

Los turcos descenden de una tribu , que erró , en la antigüedad , en los países situados al Oriente y Nordeste del mar Caspio . Sus fronteras eran la China , la Siberia , el lago Aral , y la gran Bulgaria . De allí salieron los guerreros conocidos con el nombre de turcos seljucidas , que se apoderaron de Bagdad , desmembraron el califato , conquistaron el Asia desde las fronteras de la Persia y de la India hasta las de la Frigia , y guerrearon por espacio de dos siglos con los emperadores griegos , y con los cruzados de Occidente .

Los turcos se convirtieron , en el siglo VIII , á la religion mahometana : en el siglo XI , comenzó á resonar el nombre de esa tribu en los oidos de la Europa . En el XIII , Gengistkan , al frente de los mogoles , precipita , unos sobre otros , todos los pueblos asiáticos . En medio de la confusion y del desorden que produjeron sus rápidas y prodigiosas conquistas , apareció el turcomano Osman , que arrastrando en pos de sí , en 1239 , una horda de tártaros del Cáucaso , engrosada con prisioneros , esclavos , fugitivos y ladrones , y protegido por el sultan de los seljucidas de *Yconium* , se apoderó de los desfiladeros del Olimpo , acampó en las llanuras de la Bitinia , y arrebató nuevas provincias del Asia Menor á los emperadores de Constantinopla . A la muerte de su protector , en el año 1300 , tomó para sí el título de sultan ; y sobre los escombros del imperio de los árabes , de los seljucidas y de los mogoles , levantó con sus

manos victoriosas el de los turcos osmanlis . Tal fué el origen del colossal imperio , que debia hacer temblar al Asia y á la Europa ; y que ahora se consume lentamente en una prolongada agonía ; escarnio de la Europa , y vergüenza del Asia .

Quando la Providencia quiere levantar un grande imperio , comienza por consagrar á su servicio la espada de un hombre grande . Los turcos , más afortunados que otros fundadores de ilustres dinastías y de famosos imperios , fueron regidos sucesivamente por ocho grandes capitanes , que dilataron prodigiosamente sus fronteras , y acrecentaron sus dominios .

Orcan , hijo de Osman , entró en posesion de la gloriosa herencia de su padre , cuando el imperio griego de Oriente ardía en discordias intestinas . Los emperadores , escarnecidos por sus poderosos vasallos , llevaban en su mano un cetro inútil , símbolo , más bien que de su autoridad presente , del poderío de los antiguos emperadores , de quienes habian heredado la púrpura y la corona . La Tracia , la Servia , la Bulgaria y la Grecia , sometidas á su autoridad en el nombre , estaban gobernadas por príncipes , duques y déspotas feudatarios del imperio , que hacian alarde de su independenciam , y ostentaban á los ojos de sus soberanos su propia soberanía . Estas discordias , poderosas para dar al traste con los imperios más robustos , lo eran mucho más para acelerar la rápida declinacion de un imperio decrépito , que no podia ser regenerado , sino por la espada de los conquistadores . En esta época , habia un nuevo motivo de parcialidades y bandos . El emperador Manuel Paleólogo , y su tutor Juan V Cantacuceno disputaban entre sí , por el ejercicio de la autoridad soberana : y como el último recurriese á Orcan en demanda de socorro , y ofreciéndole la mano de su hija , el bárbaro se apresuró á dispensarle su apoyo , y á tomar á su hija por esposa ; seguro como estaba , de que convenia á su gloria dividir su lecho con tan nobilísima mujer , y de que convenia á su engrandecimiento entender en las cosas de sus vecinos , y arrojar su espada en medio de sus discordias . Su hijo Soliman se apoderó de Andrinópolis y de Gallípoli ; los servios y búlgaros fueron arrollados por sus huestes , que se derramaron por la Tracia , y devastaron la Grecia .

Amurat I asentó la silla de su imperio en Andrinópolis; conquistó la Tracia, la Albania y la Macedonia, siendo tan rápidas sus conquistas, que Juan Paleólogo, que habia pedido á Urbano V una nueva cruzada, se vió obligado á tratar la paz con el conquistador, antes de recibir respuesta, obligándose por el tratado á pagar tributo. En 1390, Amurat venció, orillas del Danubio, al príncipe de Servia, á los valacos, á los húngaros y á los dálmatas, que se reunieron para contrastar su poder, y para reprimir su pujanza.

Sucedió á Amurat, Bayaceto, conocido por el *Rayo*. Bayaceto invadió la Tesalia, y penetró con sus huestes hasta las puertas de Constantinopla. La Hungría, la Alemania y la Francia, sobrecojidas de terror, reunieron, para combatirle, un ejército de cien mil hombres. El rey Segismundo tomó el supremo mando en Ofen. Seis mil caballos y cuatro mil infantes servian á las órdenes de Juan sin Miedo, duque de Borgoña. En aquel famoso ejército, estaban alistados los vasallos invencibles de Enguerrando de Coucy, acompañados de toda la flor de la caballería y de la nobleza de Occidente. El 28 de setiembre de 1396, vinieron á las manos los ejércitos beligerantes; la fortuna, infiel á los cristianos, se declaró por los osmanlis; y la cristiandad perdió el mejor de todos sus ejércitos, en los funestos, y para siempre famosos campos de Nicópolis. El conde de Eu, el de la Marche-Doubord, el señor de la Trimouille, el duque de Borgoña, y otros varones de alta nombradía cayeron prisioneros. Enguerrando de Coucy murió cautivo. Segismundo llegó al Danubio, acompañado solamente de cinco caballeros, reliquias del comun desastre; desde allí marchó á Constantinopla, y volvió por mar á su tierra, no cabiéndole dentro del pecho el dolor, ni dentro de sus ojos las lágrimas. Los turcos se apoderaron entonces de la Bosnia; y el emperador Manuel Paleólogo tuvo que ceder el trono á su sobrino Juan; á quien Bayaceto dispensaba un generoso amparo.

Mientras que el Occidente era teatro de tan grandes cosas, el Oriente era teatro de sucesos más grandes todavía. El suelo del Asia retemblaba bajo la planta de Tamerlan, el mas bárbaro entre todos los bárbaros capitanes, que al frente de los mogoles habian

develado la tierra, empapándola en la sangre de las naciones, y cubriéndola de escombros. El Asia, que tantos monstruos habia visto nacer y pasar por sus dilatadas regiones, pudo admirarle todavía, como el mayor que habian abortado sus desiertos.

Bayaceto, que sintió venir el torbellino sobre su imperio del Asia, mientras que combatia por empuñar en su mano el cetro de la Europa, volvió su cara hácia el Oriente, poniendo así un término á sus conquistas, y concediendo al decadente imperio bizantino algunos momentos de reposo. El emperador de los osmanlis, y el emperador de los mogoles dispusieron sus huestes en orden de batalla. Un millon de soldados combatieron, en 1402, en los campos de Ancira, por el dominio del mundo. Habiendo sacado Bayaceto lo peor del combate, perdió en un solo dia su libertad y su corona. Sin embargo, la furia de Tamerlan pasó como un torrente; y Mahometo I, hijo de Bayaceto, subió, en 1413, al trono de los osmanlis. Durante su reinado, fueron vencidos los venecianos en Tesalónica; se adelantaron las armas mahometanas hasta Salzboung y hasta la Baviera; y tuvieron principio las fuerzas navales de los turcos. Su hijo Amurat II llevó sus huestes hasta Belgrado, valladar del Occidente; venció á los cristianos en Warná, y amenazó á Constantinopla.

En esta sazón, subió al poder Mahometo II, á quien el Cielo tenia reservada la gloria de llevar á cabo la árdua empresa acometida por sus antecesores, entrando por armas la magnífica ciudad, que habia de ser el sepulcro del imperio romano, y la gloriosa silla de un nuevo imperio. Constantinopla cayó en su poder, el 29 de mayo de 1453: dia de eterna recordacion para la cristiandad; porque en él recibió el precio de sus discordias intestinas, apurando la copa de sus tribulaciones: dia de eterna recordacion para los pueblos occidentales; porque miraron con sus ojos arrasados de lágrimas, cómo tremolaba á todos vientos sobre los muros de Bizancio la victoriosa bandera del Oriente: dia en fin, de eterna recordacion para los hombres; porque en él tuvo fin el imperio romano, 1123 años despues de la fundacion de Constantinopla, y 1500 despues de la batalla de Farsalia.

Vanamente el papa Pio II llamó á las armas á toda la cristiandad, cuando llegó á sus oídos la triste nueva de tan gran catástrofe, y de tan grande suceso. El tiempo de las cruzadas habia pasado para no volver más; porque ya habia desaparecido de la tierra la robusta generacion que habia atravesado los mares, para tremolar la bandera latina en los desiertos del Oriente, y sobre el sepulcro de Jesucristo.

Entre tanto, Mahometo II, repugnando el ocio, aun despues de tan magnífica victoria, llevó más adelante sus armas. La Morea cayó en su poder, en 1456. En 1467, conquistó el Epiro; en 1470, el resto de la Bosnia; á los venecianos, les arrebató la isla de Lemnos y la de Negroponto; Gaffa pasó á sus manos, de manos de los genoveses; y el Khan de los tártaros de la Crimea le rindió homenaje, y le pagó tributo. La muerte le sorprendió, cuando revolvía en su ánimo la conquista de la Persia y la de Italia. Viéndose señor de Constantinopla, no es de extrañar que aspirase á convertir la magnífica silla de su imperio en la capital del mundo.

Los dos Solimanés, que heredaron sucesivamente su poder, le llevaron hasta los últimos límites. Los persas fueron rechazados hasta el Eufrates y el Tigris; los mamelucos fueron vencidos; y el Egipto se convirtió, en 1517, en provincia del imperio de los osmanlis: la Siria, la Palestina y la Meca se sujetaron á su yugo. El árabe independiente tembló por su independenciam, en sus abrasados desiertos. Soliman II arrebató Rodas á los caballeros de San Juan; subyugó la mitad de la Hungría; y se apoderó de Bagdad, de la Georgia, y de la Mesopotamia. Entre tanto, el pirata Barbaroja se apoderó del Norte del Africa; y rey del Mediterráneo, se señoreaba de sus islas. Soliman II murió en 1566, época en que el gigantesco imperio de Osman comienza á decrecer para morir: nuestros padres asistieron á su declinacion; nosotros asistimos á su muerte. Dos siglos y medio trascurridos desde la elevacion al trono de Osman, tronco de su nobilísima raza, hasta la muerte de Soliman II, bastaron para levantar el imperio de los osmanlis á tan grande altura, que puso espanto en todas las gentes, y llevó el terror por todas las naciones. Tres siglos no han trascurrido toda-

vía, desde la muerte de Soliman hasta la muerte de Mahmoud; y ya las naciones y las gentes cantan su himno funeral, y se preparan para repartirse sus despojos. Solo la espada de un niño está levantada en su defensa. ¡Pobre niño! ¿sabes tú cuánto pesan, en los dias de su decrepitud, los imperios?

VI.

En los artículos anteriores, he hecho una rápida reseña de las varias fases que ha ido presentando la cuestion de Oriente, desde la aurora de los tiempos históricos hasta la en que comienza á declinar el poderoso imperio de los osmanlis. Esta reseña no era ciertamente necesaria para los que están curiosos de saber, cuáles son los términos de la cuestion actual, y cuál es el desenlace probable del drama en que se presentan como actores los pueblos más poderosos del mundo. Sin embargo, no siendo la cuestion del Oriente una cuestion nueva, sino antes bien tan antigua como las relaciones entre la Europa y el Asia, me pareció, no solo conveniente, sino tambien necesario espaciar mi vista por los campos de la historia; seguro como estoy, de que el conocimiento de lo pasado es una preparacion indispensable para el conocimiento cabal de lo presente, y de que mal podriamos comprender los gravísimos intereses que están comprometidos en la crisis que presenciarnos, si la historia no nos revelára cuáles causas la han traido al punto en que la vemos, y cuál es su naturaleza y su índole. En una palabra, yo he creido que, considerada una cuestion en el punto que la sirve de término, no puede ser tan bien comprendida, como siendo considerada en el punto en donde tiene su origen. A los que me acusen por mis incursiones en los dominios de lo pasado, les responderé, ¿soy yo culpable, por ventura, de que la cuestion del Oriente, teniendo una larga vida, tenga una larga historia?

Viniendo ya á la cuestion actual, expondré aquí con toda la brevedad posible el plan que pienso seguir en adelante.

La cuestion de Oriente, considerada en general, tiene su origen en el antagonismo entre la civilizaci6n de los pueblos occidentales y la de los pueblos asiáticos: por eso, he procurado explicar ese antagonismo, histórica y filosóficamente, en mis artículos anteriores; contando de qué manera vinieron á las manos el Oriente y el Occidente, y cómo iba oculta la oposici6n de sus civilizaciones, primero, en la oposici6n de sus instintos; y despues, en época menos grosera y más avanzada, en la oposici6n de sus dogmas.

La cuestion del Oriente, considerada en su estado actual, tiene su origen en dos hechos; conviene á saber: en la decadencia del islamismo, ó lo que es lo mismo, de la civilizaci6n oriental, y de su único representante que es el imperio Otomano; y en el rápido engrandecimiento de la Rusia. Si el islamismo, y el imperio que le representa, fueran poderosos, la cuestion no existiría, aunque la Rusia fuera poderosa y grande. Si la Rusia no se hubiera engrandecido tan desmesuradamente, la cuestion no existiría, á pesar de la declinaci6n del islamismo y del imperio Otomano; porque estando equilibradas las fuerzas de la Europa, las naciones se pondrian fácilmente de acuerdo, para entrar en posesi6n del Oriente, y repartirse sus despojos. La cuestion existe, pues, porque el islamismo se extingue, y el imperio Otomano perece, al mismo tiempo que se levanta en el Norte un imperio gigantesco, que pide para sí toda la herencia, con agravio de la Europa. Siendo esto así, exponer, por una parte, la decadencia del imperio Otomano; por otra, el engrandecimiento y las pretensiones de la Rusia; y por otra, en fin, la conducta seguida por las otras potencias europeas, para evitar la catástrofe, ó impedir una usurpaci6n, si la catástrofe se verifica, es exponer el estado actual de la cuestion del Oriente. La exposici6n de su actual estado es el objeto principal de esta série de artículos.

La decadencia del imperio de los osmanlis, comenzada á fines del siglo xvi con la muerte de Soliman, ha sido tan rápida y tan grande, como fué grande su esplendor, y rápida y prodigiosa su fortuna. Los turcos, invencibles hasta entonces en todos los campos

de batalla, comenzaron á experimentar grandes y prolongados desastres. Don Juan de Austria venció, en 1571, á todas sus fuerzas navales en Lepanto. Sus ejércitos fueron dos veces humillados, y dos veces vencidos, á las puertas de Viena. Sus emperadores perdieron, unas despues de otras, todas las plazas que ocupaban en Hungría. La célebre batalla de Salamhemen acabó con su prestigio y con su orgullo; y el inmortal príncipe Eugenio destruyó en Zentha, con los restos de su poder, los restos de su gloria.

En este tiempo, apareció en el Norte un hombre colosal, fundador de un colosal imperio. Pedro el grande se apoderó de Azow, orillas del Don. Entonces comienza para los turcos el periodo de sus transacciones vergonzosas. Por el tratado de paz de Carlowitz, firmado en 1699, renunciaron á la posesi6n de la Transilvania, y á la de todo el país situado entre el Danubio y el Theis: por el mismo, se obligaron á abandonar Azow á los misteriosos moscovitas, á restituir á la Polonia la Podolia y la Ucrania, y á abandonar á los venecianos la Morea. Por la paz de Passowitz, ajustada en 1718, perdió la Turquía una parte de la Servia y de la Valaquia, Temeswar y Belgrado. Sigue despues la guerra con la Rusia, con motivo de la posesi6n de la Polonia; guerra fatal para los osmanlis, porque aceleró el engrandecimiento del imperio poderoso, que se habia de sustituir á su decadente imperio. En 1774, se vieron obligados los turcos por la paz de Rudschuch-Kainardji á renunciar á la soberanía de la Crimea, á ceder todo el país comprendido entre el Bog y el Nieper, y á abrir sus mares á los navíos mercantes de la Rusia.

La relaci6n de todas las batallas perdidas por los turcos, y de sus vergonzosos tratados, convertiría al autor de estos artículos en fastidioso cronista. Para evitar este grave inconveniente, pondré sobre todo mi atenci6n en descubrir las causas interiores, que han producido la rápida decadencia del imperio de los osmanlis; que sirven para explicar su agoniá, y que hacen inevitable su muerte.

La poblaci6n del imperio turco es un agregado de poblaciones de diferentes idiomas, de diferentes costumbres, y de diferentes creencias. En él viven confusos y mezclados todos los turcos osmanlis,

numerosos principalmente en las provincias del Asia; los turcomanos, cuya raza es la dominante en la Armenia y en la Anatolia; los tártaros, que abandonando la Crimea, se han establecido en las provincias del Danubio; los árabes; los curdos; los griegos; los armenios, que son los negociantes y artesanos; los coftos, numerosos en el Egipto; los slavones, divididos en muchas tribus diferentes; los drusos, que moran en las montañas del Libano: y los judíos; los valacos, y los ciguenos. De los veinte y tres millones de habitantes de que se compone el imperio, diez profesan el islamismo; y los demas son cristianos que, en su mayor parte, pertenecen á la comunión griega. El imperio Otomano carece, pues, de unidad religiosa y de unidad social, lo cual explica los continuos levantamientos de sus varias provincias, y las continuas desmembraciones que ha sufrido, de medio siglo á esta parte. Esto explica tambien la encarnizada contienda entre el último sultan, representante de la raza turca; y el virey de Egipto, representante de la raza árabe, que pugna por constituirse en cuerpo de nacion, y por convertir á Alejandría en silla del nuevo imperio. Esto, finalmente, sirve para explicar las conquistas de los rusos, que al derramarse por las provincias sujetas al imperio de los osmanlis, se han derramado por tierra de hermanos, y no por tierra de enemigos.

Mientras que la raza turca estuvo poseída del fanatismo religioso, su espada, en todas partes vencedora, sirvió para unir por medio de la fuerza á poblaciones de tan diferente origen, de tan diferentes creencias, y de tan diferentes costumbres. Esa agregacion material produjo la unidad facticia, que conservó por algunos años el imperio. Pero cuando, andando el tiempo, perdió la raza turca aquella excitacion febril que la precipitaba á la conquista del mundo, sucedió que los emperadores de Constantinopla, que se habian creído pacíficos señores del imperio otomano, vieron con profundísimo terror que las provincias sublevadas querian sacudir por medio de la fuerza el yugo que les habia impuesto la fuerza, soltando contra la raza vencedora los diques de sus comprimidos odios, el torrente de sus rencores ocultos, y la represa de sus iras.

Cabalmente, cuando comenzaron á aparecer los primeros síntomas de esta desorganizacion interior, fue cuando el imperio otomano se vió acometido por las naciones occidentales, que habian crecido en silencio. Los emperadores de Constantinopla se vieron, pues, acometidos á un mismo tiempo por enemigos interiores, y por enemigos exteriores, viéndose en el duro trance de tener que mirar por la integridad de su organizacion política, y por la integridad de sus fronteras.

Esta empresa no solamente era árdua, sino tambien imposible. El islamismo estuvo destinado á perecer, desde que se puso en contacto con las naciones civilizadas de Europa; porque condenado á la inmovilidad por su naturaleza, era imposible que pudiera resistir á la accion de esta parte del mundo, en donde todas las naciones obedecen á la ley providencial del progreso. Las ciencias, las artes, las instituciones militares, y las instituciones políticas habian hecho en las naciones del Occidente los mas notables adelantos; mientras que el islamismo, idéntico á sí mismo en todos los periodos de su historia, permanecia estúpidamente inmóvil, en medio del torbellino del mundo. Su inmovilidad era tan absoluta, que habia olvidado hasta el manejo de su espada. El árbol oriental del islamismo da con su sombra la muerte; sus únicos frutos son en todas partes la degradacion de la mujer, la esclavitud del hombre, y la esterilidad de la tierra. Ese árbol no será fecundo jamás; aunque rieguen sus raices toda la sangre de las naciones, y todas las lluvias del Cielo.

VII.

TAL era el estado del imperio, cuando Máhmod II subió al trono de sus mayores, bajo los auspicios de una revolucion sangrienta.